

El Rey Don Pedro

(“El Cruel”)

Drama Trágico en Dos Partes

Angel Arcos

Título: El Rey Don Pedro

Autor: Jose Angel Arcos Alonso

Portada y Maquetación: el autor.

Editor: Bubok Publishing S.L.

Depósito Legal: PM 308-2009

ISBN: 978-84-92662-68-5

© 2008. J.A. ARCOS

“...El arte del teatro, cuyo fin es ofrecer al hombre un espejo en el que mirarse...”

Shakespeare: *Hamlet* (Acto III, Escena II)

DRAMATIS PERSONAE:

DON PEDRO, rey.

BLANCA DE BORBÓN, reina.

MARÍA DE PORTUGAL, reina madre.

MARÍA DE PADILLA, amante del rey.

ALFONSO DE ALBUQUERQUE, ayo del rey.

ISABEL, dama de honor de la reina.

LEONOR DE GUZMÁN, amante del Rey Alfonso XI.

ENRIQUE, hijo.

TELLO, hijo.

FADRIQUE, hijo.

GUTIER FERNÁNDEZ DE TOLEDO, ministro del rey.

VASCO FERNANDEZ DE TOLEDO, arzobispo de Toledo.

SIMUEL LEVÍ, tesorero.

JUAN DE HINESTROSA, tío de María de Padilla.

MARÍA DE HINESTROSA, hija.

ALDONZA CORONEL, amante del rey.

MARÍA CORONEL, hermana.

GARCILASO DE LA VEGA, Adelantado de Castilla.

MARTÍN LÓPEZ DE CÓRDOBA, sirviente del rey.

JUAN DIENTE, sirviente del rey.

GONZALO RECIO, sirviente del rey.

Una voz de mujer.

Dos voces de niña.

PRIMERA PARTE

ESCENA I

Se acerca un canto fúnebre. Entra el cortejo que conduce el féretro del rey Alfonso XI: todos los actores. En último lugar, y a dos pasos de los demás, doña Leonor de Guzmán y sus hijos: don Enrique, don Tello y don Fadrique. A una señal de la madre, los hijos se detienen.

LEONOR.— Quedémonos aquí, y demos el último adiós a vuestro padre. *(Se arrodillan)* Oh Dios, que cuidas de las flores y ave-cillas del campo, atiende a estos mis hijos, y en la soledad y desamparo en que yo quedo, velad por su vida, señor. Así os lo suplico.

(Se ponen de pie)

FADRIQUE.— ¡Pero, madre, no podemos detenernos así, sigamos adelante!

LEONOR.— ¡Ese os quiere bien dentro de la iglesia, y en cuanto acabe el duelo, apresaros!

ENRIQUE.— Debemos volver para atrás, y acogernos a las villas y ciudades que quieran protegernos.

TELLO.— ¡De poco servirá el esconderse! Si quiere gobernar, tendrá que entenderse con nosotros; y si no —¡pies para qué os quiero!— tendremos que buscarnos otras tierras.

FADRIQUE.— ¡Insisto en que debemos seguir adelante! Un gesto de buena voluntad, no pueden despreciarlo.

LEONOR.— ¡La inocencia ha de perderte un día, hijo mío! Esa mujer se ha pasado media vida, alimentando en él deseos de venganza.

ENRIQUE.— ¡Volvamos para atrás y hagámonos fuertes! En cuanto vea la amenaza, será él quien venga a suplicarnos.

TELLO.— ¡O a tomarnos por la fuerza! Retirémonos a Medina Sidonia, y esperemos allí. Defenderse sería provocarle; y estarse quietos, una manera elegante de expresarle... nuestros recelos.

ENRIQUE.— ¡Buena idea!

LEONOR.— ¡Hijo Fadrique, hagamos lo que dicen tus hermanos! Si están de buena fe, que parta de ellos el buscarnos —que ellos mandan—; y no ponernos en sus manos así, cuando tanto hay para no fiarse de ellos.

ENRIQUE.— Vayamos, entonces, a Medina. Y corramos la voz entre los nuestros de que, si viene por nosotros, estén listos para salir a defendernos.

LEONOR.— ¡Hijos míos! Manteneos siempre muy unidos, que él bien tratará de dividirlos para acabar mejor con cada uno de vosotros.

(Salen)

ESCENA II

Entran don Vasco, don Gutier y Garcilaso de la Vega.

VASCO.— Bien... A rey muerto; rey puesto. Y que Dios bendiga esta tierra, pues si el reinado anterior comenzó con sangre, éste no augura mejor el primer día.

GUTIER.— ¡Y bien han escogido el momento! Cuando el cadáver aún tibio del padre común habría propiciado un acercamiento —cuando no, un entendimiento— entre hermanos.

GARCILASO.— Entendimiento, por lo demás, posible y necesario, entre los hijos. Pero olvidáis, mi buen Gutier, que en torno a ellos, hay dos mujeres y un privado —el ayo—, que hace tiempo se vienen dedicando a sembrar odios; y el ayo, en particular, habrá visto llegado el momento de proceder a sus venganzas. Y no se os escapará que los Guzmanes, sus partidarios, y los que un día anduvimos cerca de ellos, nos encontramos en una situación... muy delicada.

VASCO.— La reina madre siempre os ha apreciado.

GARCILASO.— Y el hijo me ha mirado con respeto; ¡pero, el ayo...! Muy educado y cortés; mas yo que cuento con cierta habilidad para leer en las miradas, he podido ver que lleva muy presente —y bien guardada— una deuda antigua sobre derechos, atribuciones y delimitación de propiedades. Por eso, amigos míos, saldré de inmediato para Burgos y allí esperaré; que, supongo, es lo mismo que han querido hacer doña Leonor y sus hijos, al apartarse.

GUTIER.— Sabéis que siempre contaréis con nuestro apoyo.

VASCO.— ... Y mi proximidad a la reina madre, en el caso necesario. Pero temo que os precipitáis, mi querido Garcilaso. El rey don Pedro no es un mocoso cualquiera al que pueda gobernar a su capricho, y con un algo que responda a la tozudez del padre y al coraje de la madre, puede que, dentro de no mucho tiempo, nos descubra siete mangas.

GUTIER.— ¡Siempre he mantenido que la influencia de ese hombre sobre la madre y el hijo, habría de ser perniciosa.

GARCILASO.— Amigos míos, no demos tiempo a las cábalas, cuando, a muy pocos pasos de aquí, se estarán tomando las primeras medidas para ordenar debidamente el reino, caiga quien caiga. (*Se despide*) Reverencia; amigo Gutier...

(Va a salir)

GUTIER.— Os acompañaremos en busca de noticias.

VASCO.— ¡Ah, señor de nuestros tiempos el miedo! Buscarse con sobresalto, al despertarse cada mañana.

(Salen)

ESCENA III

Entran don Alfonso, doña María y don Pedro.

ALFONSO.— ¡Por fin hemos llegado! ¡Ah, hijo mío, cómo he esperado este momento para daros este abrazo! *(Lo abraza)* ¡Se acabaron las dudas, los miedos y los sobresaltos! Señora, volvéis a ser reina, y como tal seréis aclamada y respetada. *(Le besa la mano)*

PEDRO.— Qué explicación dais a la marcha de los Guzmanes.

ALFONSO.— ¡Ah, leyeron en el viento, hijo mío! Ahora tendremos que ir contra ellos; si no logramos antes atraerlos... con buenas palabras.

DOÑA MARIA.— ¡Gran parte de culpa tuvisteis vos! Bien os dije que había que vigilarlos de cerca, y guardarlos a distancia.

ALFONSO.— Señora mía... ¡La gran zorra aprovechó el momento en que la piedad nos tenía con las manos atadas!

DOÑA MARIA.— ¿Y qué pensáis hacer ahora?

PEDRO.— No debíamos comenzar por dividir más a las gentes.

(Don Alfonso se le queda mirando sorprendido. Silencio)

ALFONSO.— En ese caso... Atraerlos con astucia; y luego...

PEDRO.– Pido que se les respete. Y más quisiera tenerlos cerca, que no enfrentados.

(Silencio)

ALFONSO.– Hijo mío... ¡Eso sería meter la peste en casa!

PEDRO.– Quiero hablar con ellos; respetarles sus tierras; y darles algún cargo. Por su cuenta, si deciden alejarse.

ALFONSO.– ¡Alabo tus buenas intenciones, hijo! Pero no están los tiempos para caricias, por mucho que sean, de algún modo, tus hermanos.

DOÑA MARIA.– ¡Bastardos, tenlo siempre presente! ¡Y los hijos de la piedra son lascivos, traicioneros y dados a gozarse en lo más bajo!

PEDRO.– Quisiera comprobarlo por mí mismo.

(Silencio)

ALFONSO.– En ese caso... Tal vez, merezca la pena intentarlo... Estando a la mano, y vigilados en corto... La experiencia nos muestra que corremos grandes riesgos, pero si os da placer... ¡Manos a ello! Enviaré a don Gutier a darles el seguro para que puedan acercarse a la corte.

(Va a salir)

DOÑA MARIA.– ¡No hemos hablado aún de la madre!

(Silencio)

ALFONSO.– Habrá que hacerlo extensivo a la madre, también... A no ser que tengáis otros... planes.

PEDRO.– No se ha de tocar a esa señora hasta ver lo que hace.

(Silencio)

DOÑA MARIA.— (*Con intención*) Si es ésa vuestra voluntad, dejemos que venga también.

PEDRO.— Y hacedlo de inmediato.

ALFONSO.— Señora; don Pedro...

(*Hace un reverencia y sale. Pausa*)

DOÑA MARIA.— Hijo mío, no te exijo que lleves siempre delante lo que hemos padecido, pero nunca olvides que tu madre ha sido humillada y escarnecida por esa mujer, ante la indiferencia y desvarío de quien Dios me dio por tu padre. ¡Tenlo presente, por si acaso! Vayamos a rezar por él, a ver si allá arriba, al menos, se le cubre la cara de vergüenza.

(*Salen*)

ESCENA IV

Entran don Alfonso y don Simuel.

ALFONSO.— La verdad es que, entre las malas cosechas, las guerras, la peste, y esa mano alegre que tuvo el rey difunto para tirar de los dineros del reino, nos encontramos con unas arcas, tan flacas, que ni cazo de mendigo a la puerta de una iglesia.

SIMUEL.— Se puede comenzar por recuperar las rentas de la corona que, hace ya casi un lustro, nadie paga.

ALFONSO.— Será muy difícil conseguirlo...

SIMUEL.— Todo está en saber dividir y perdonar siempre algo.

ALFONSO.— ¡Ah, vosotros los judíos: qué mano, señor, con las finanzas! Un maravedí de hoy: cincuenta de mañana; y al tercer día: una espuerta para llevarse las ganancias a casa. ¡Y no hay cristiano que os coja las mañas!

SIMUEL.— ¡Tesón y paciencia, don Alfonso! Y vida austera, en tiempos de tanto regalo.

ALFONSO.— ¡Y buen arte para estrujar al pobre mentecato! ¡Que lo sabemos todo!

(Entra don Gutier)

¡Ah, Gutier amigo! *(Presentándole)* Aquí, don Simuel Leví, el nuevo tesorero del reino. Ha prometido sacarnos de tantos apuros como hemos heredado.

(Los dos se hacen una reverencia)

GUTIER.— Queríais hablar conmigo...

ALFONSO.— ¡Pues sí! Quiero haceros embajador de la primera medida sabia y prudente de nuestro querido rey don Pedro. Habréis de ir a dar el seguro a doña Leonor de Guzmán y sus hijos para que puedan acercarse a la corte. Don Pedro ha pedido hablar con sus hermanos.

(Don Gutier lo mira sorprendido)

¡No os quedéis ahí pasmado, Gutier! ¡Preguntad, preguntad!

GUTIER.— La reina madre estará en lo mismo...

ALFONSO.— Es más: ha alabado el gesto generoso de su hijo.

GUTIER.— ¿Y... después?

ALFONSO.— Los hijos podrán servir al rey, si así lo quieren. Y doña Leonor de Guzmán, será invitada a entrar en religión. Pero si no es de su gusto, podrá vivir apartada en una ciudad suya que ella elija. Una sola condición —y esto es sagrado—: ¡nunca, nunca! podrá entrometerse en la gobernación del reino. La reina madre ha prometido olvidar.

(Silencio)

GUTIER.— ¡Debéis jurarme, por vuestro honor, que no me obligaréis a poner el mío en entredicho!

ALFONSO.— ¡Mi buen Gutier! Hemos bregado ya tanto juntos, que, a estas alturas, bien pudiera tomarse por ofensa. ¡Es la voluntad del rey, os lo juro! ¡Ah! Antes de que partáis, quiero haceros saber que se os ha concedido la guarda del rey; y a vuestro hermano, don Vasco, el gran arzobispado: reconocimiento a la fidelidad demostrada a la causa de don Pedro.

GUTIER.— Llevad nuestro agradecimiento al rey y a la reina madre.

(Hace una reverencia y sale)

ALFONSO.— ¡Ah, este buen Gutier! ¡Tan diligente en el servicio, como adusto en el trato! *(Pausa)* Decíais que se podía comenzar por las rentas atrasadas...

SIMUEL.— Y resucitar viejos impuestos.

ALFONSO.— Crear otros nuevos, también...

SIMUEL.— Eso, cuando las cosas estén tranquilas: más adelante. En tiempos calamitosos como éstos, una carga de más supondría tanto como quebrar la muleta al cojo: no os lo aconsejo. Con prudencia, paciencia y buena mano llegaremos... a todo. *(Como en secreto)* También se podría... “rozar” los diezmos que se lleva tan limpiamente el Papa.

ALFONSO.— ¡Qué sabiduría, señor! ¡Estáis en todo!

SIMUEL.— Pero lo fundamental es una buena red de recaudadores, que yo proporcionaría a su majestad, en la persona de mis parientes, repartidos por todo lo largo y ancho del reino.

ALFONSO.— Contad con ella, entonces. *(Pausa. Como en secreto)* Hay un asunto que a mí me importa mucho y quería

consultaros... Para cobrar la alcabala, es necesario reunir a las ciudades. Pero yo tengo un empeño especial en que esto pudiera adelantarse en alguna de ellas, concretamente en Burgos. Necesitamos dinero con urgencia, y lo que suele venir de allí supone un buen pellizco. Quiero que enviéis un recaudador: ¡a ver cómo contestan! Es tierra de gentes engreídas y de ánimo levantisco, por eso servirá también para saber... si cojean de algún pie; cuál sea él; (*Con un guiño*) y en qué punto habría que aplicar la cataplasma.

SIMUEL.— Tengo oído que Garcilaso de la Vega se ha dirigido hacia allí, abandonando la corte.

ALFONSO.— Así es, amigo mío. ¡Gran caballero, Garcilaso!
(*Pausa*) ¿Cuándo lo tendréis listo?

SIMUEL.— ¿Cuál...?

ALFONSO.— El recaudador.

SIMUEL.— Podrá salir en un par de días.

ALFONSO.— ¡Un día os doy de plazo!

SIMUEL.— ¡Bueno! Pero yo os exijo, a su vez, que el rey no se meta en mis negocios, y yo entregaré a la corona el montante total de las cargas.

ALFONSO.— ¡Sois cuco: un buen cuco!

SIMUEL.— (*Como en secreto*) Callad. Más tarde o más temprano, os lo habría de pedir, ¡pues buen sudor me está costando sacar adelante la modesta fortuna que estoy amasando!

(*Entra don Pedro*)

PEDRO.— No se sabe por qué Garcilaso de la Vega ha abandonado la corte...

ALFONSO.— Así es, majestad. (*Presentándole*) Don Simuel Leví, el hombre de confianza que quería proponeros de tesorero del reino.

SIMUEL.— (*Inclina la cabeza*) Majestad...

PEDRO.— Pues sabed que andamos tan mal, que hoy tenemos de plato el carcaño de un hambriento.

SIMUEL.— ¡Bien lo sé, majestad! Y aquí quisiera prometeros llenar vuestras arcas, en no muy largo plazo.

PEDRO.— Si es así: ¡vuestro el cargo, y anchos los caminos del reino!

SIMUEL.— Os agradezco, majestad, la merced que hacéis a este indigno siervo vuestro.

PEDRO.— Y yo me postraré a vuestros pies, si lográis un milagro tal, sin abusos ni atropellos.

SIMUEL.— Así lo espero, majestad.

(*Hace una reverencia y sale*)

ALFONSO.— ¡Ah, todo un virtuoso del dinero, hijo mío! Ya os contaré por lo menudo. Ahora...

PEDRO.— Por qué se ha marchado Garcilaso de la Vega...

ALFONSO.— ¡Poco de qué sorprenderse, hijo querido! La nobleza de este reino siempre ha campado por sus fueros: hecho y deshecho; ido y venido. Hace tiempo que existen querellas entre ellos sobre quién heredaría el reino, en el caso de que no llegaseis vos; y una vez aquí, se estarán preguntando a quién cabrá el honor de enterrar al rey viviente. Son así, y no creo que Garcilaso ande lejos de esos pasatiempos.

PEDRO.— Habrá que estar pendientes...

ALFONSO.— ¡Y al acecho!, ¿verdad, hijo? He creído oportuno anticipar el cobro de la alcabala, precisamente en Burgos: ¡a ver cómo contestan! Se revolverán, sin duda, y nos tratarán de todo, pero será una ocasión sin igual para saber si... hay algo de lo que se puedan quejar; cuál sea ello; y cómo habría que proceder con el remedio.

PEDRO.— ¡Vista, no os falta!

ALFONSO.— ¡Zorro viejo y pulido que soy, hijo querido! Para gobernar un reino, dadme astucia, que no inteligencia, ¡por mucho que se empeñen en los libros!

PEDRO.— En la embajada de don Gutier, todo bien...

ALFONSO.— ¡Don Gutier Fernández de Toledo! ¡Ese ha de ser nuestro gran hombre! Propongo que le concedáis vuestra guarda; y a su hermano don Vasco, el gran arzobispado: Toledo, para el buen gobierno, ha de ser un puesto clave.

PEDRO.— Disponedlo así, entonces. (*Pausa*) La embajada...

ALFONSO.— ¡Si han de fiarse de alguien, ése es don Gutier!

PEDRO.— Los tendremos aquí pronto...

ALFONSO.— ¡Si no nos obliga la madre a capearlos poco a poco!

PEDRO.— Procuradles buenos aposentos.

ALFONSO.— ¡Y habrá que entretenerlos! Id pensando en el cómo. ¡Buena mesa y regocijo abundante hacen los mejores negocios!

PEDRO.— (*Buscando la salida*) Y ahora, habládme del nuevo tesoro, sus proyectos... ¿En verdad, será capaz de sacarnos de esta situación desesperada?

ALFONSO.— ¡Ah, don Simuel Leví...!

(*Salen*)

ESCENA V

Entran doña Leonor, don Gutier, don Enrique, don Tello y don Fadrique.

LEONOR.— Y decís que lo ha pedido el mismo hijo...

GUTIER.— Don Alfonso de Albuquerque así me lo ha jurado.

ENRIQUE.— ¡Pues ése es el peor! No me supone ninguna confianza.

GUTIER.— Es caballero y hombre de palabra. Y a su edad, el honor no es prenda de dos días.

TELLO.— ¡Esperemos! Porque, si algo sabemos de él, es que es hombre rencoroso.

FADRIQUE.— Yo sí creo en el gesto de don Pedro.

LEONOR.— ¡Ay, Gutier amigo, cómo juega con nosotros la fortuna! Ayer, tan alta; y hoy, sin nadie que se atreva a mirarme a la cara. ¡Cómo cambia a las personas la buena o la mala andanza! Ni lo noble de mi cuna sirve, al menos, para que dejen de predicarme por ahí como la concubina.

ENRIQUE.— *(Con dureza)* ¡Madre, no es el momento de lamentarse! Bien sabíamos que este día habría de llegar. *(A don Gutier)* ¡Y esa señora debiera ofrecernos mayores garantías!

GUTIER.— Tanto mi hermano don Vasco, como yo, cuidaremos de que todo se cumpla.

TELLO.— ¡Vos no dejáis de ser un buen mandado! Y en esto pin-táis, como San Casto en una romería.

LEONOR.— ¡Hijo!

(Silencio)

GUTIER.— Señores... Palabras hay como colores, y yo sólo puedo responder de la verdad de las mías.

ENRIQUE.— Podéis iros, don Gutier Fernández. Nosotros necesitaremos rumiar tanta generosidad como se piensa dispensarnos.

LEONOR.— Gutier amigo, ¿qué nos aconsejáis hacer?

GUTIER.— Doña Leonor... Asumir honradamente el riesgo. El seguro que os he dado no podrá ser violado sin más. *(Pausa)* Señores... Quedo esperando su respuesta. *(Se despide)* Doña Leonor...

(Hace una reverencia)

LEONOR.— ¡Adiós, Gutier Fernández! ¡Con pocos como vos, qué buen aire se respiraría en estas tierras!

(Sale don Gutier)

¿Y qué hemos de hacer, hijos queridos?

TELLO.— Si no vamos nosotros a él, vendrá él por nosotros; y puestos a fuerzas, no le iremos más allá de medio asedio, un asalto y una inmensa y atroz escabechina.

ENRIQUE.— ¡Nos haremos causa del descontento del reino!

FADRIQUE.— *(Replica, como temiéndoselo)* ¿Qué pretendéis? ¿Dividir más a las gentes? ¿Llenar los caminos de bandas, de saqueadores y de asesinos? ¿Sembrar la tierra con la sangre de los hombres necesarios para labrarla?

LEONOR.— ¡Paz, paz, hijos míos!

(Silencio)

TELLO.— Visto desde abajo; contemplado desde arriba, no queda otro remedio que agachar la cabeza, morderse el orgullo, y emprender el camino.

ENRIQUE.— Iremos, entonces. Pero estemos vigilantes, y no nos prestemos a promesas. Él bien tratará de embaucarnos con agasajos y arteras zalamerías.

LEONOR.— ¡Que el recuerdo de vuestro padre les ablande el corazón! (*Se pone de rodillas*) Oh Dios, bien sabéis que vamos buscando la paz: perdonadme todas mis culpas. Y que, un día, pueda ver a estos hijos respetados y queridos, porque ellos son también hijos del amor. Así os lo suplico.

(*Se pone de pie y salen*)

ESCENA VI

Entran doña María y don Vasco.

VASCO.— Os estoy verdaderamente agradecido.

DOÑA MARIA.— Ha sido una deuda obligada, de afecto.

VASCO.— Que yo os profeso; y os profesaré siempre, majestad.

(*Pausa*)

DOÑA MARIA.— Reverencia... ¿Sabíais que, tal vez dentro de poco, tengamos a los Guzmanes aquí?

VASCO.— Y de ello, precisamente, quería hablaros.

(*Doña María hace un gesto con las manos: “Hablad”*)

VASCO.— Sé que os habéis mostrado generosa, y habéis hecho propósito de olvidar... Pero la flaqueza humana, si no enderezamos nuestros impulsos a su debido tiempo, podría llegar a traicionarnos...

DOÑA MARIA.— (*Se adelanta*) He prometido respetar a esa señora.

VASCO.— Sí. Pero... los ímpetus que, por necesidad, habréis de sentir dentro de vos, al tenerlos tan cerca, podrían llevaros a comportamientos o decisiones precipitadas, cuyo alcance, vos misma, seríais incapaz de calcular. Es decir, que esa necesidad interior de exigir la expiación de las ofensas debiera ser conducida a fines más altos, cuales fueran la felicidad de vuestro hijo; la de su reinado; y la paz y armonía entre las gentes; aunque tengáis conciencia de que, en su día, se os hizo mucho mal.

DOÑA MARIA.— Teméis, reverencia, que me tome venganza de todo lo pasado.

VASCO.— En dos palabras, vos misma lo habéis dicho.

DOÑA MARIA.— ¡Pero aún están muy lejos, reverencia!

VASCO.— Vendrán.

DOÑA MARIA.— En ese caso... Hablaré con la madre. Y si ella está dispuesta a arrepentirse de lo que me ha hecho, yo cumpliré con mi palabra, y podrá marcharse a vivir tranquila donde quiera: ¡cuanto más lejos mejor!

VASCO.— ¡He ahí la tentación! Invitar a arrepentirse puede ser, muy bien, obligar a humillarse; y perdonar en esas condiciones, no es cristiano. Y quién no diría que el ósculo de paz que buscábamos, se convirtiera, en un instante, en una bofetada, o en una manera ladina y vergonzosa de provocación. Por eso, debiéramos hablar, mejor, de disculpas, que surten el mismo efecto, y no nos obligarían a ritos enojosos que habrían de dejarnos a un palmo del confesor.

DOÑA MARIA.— ¡Pues quedaos tranquilo, reverencia! Me andaré con esos cuidados, si así lo preferís.

VASCO.— ¡El tono, hija mía! Ese también puede perdernos.

DOÑA MARIA.– (*Con ironía*) ¿Y qué más he de hacer?

VASCO.– Ahorraros el encuentro, y así evitar a esa señora.

DOÑA MARIA.– ¡Hace muchísimo tiempo que estoy esperando el momento de verla cara a cara! Y quisiera comprobar con mis ojos que sigue tan fresca y lozana, como van diciendo por ahí. Pero no habrá un paso más.

(*Silencio. Se la queda mirando*)

VASCO.– Os habréis de guardar muy bien, entonces. Y en ese caso, sólo quedaría encomendar al Cielo un encuentro que ha de traernos tanta paz y ventura.

(*Entra don Alfonso*)

ALFONSO.– ¡Ah, reverencia! ¿Qué tal os sienta la mitra que acabáis de colocaros?

VASCO.– Mis respetos, señor...

(*Hace una reverencia y sale. Silencio*)

ALFONSO.– (*Como en secreto*) Anda detrás...

DOÑA MARIA.– ¿Y vos...?

ALFONSO.– Señora, están a punto de llegar, don Pedro ha salido a su encuentro. Y aquí quisiera pedirlos que bajaseis a saludarlos: unas palabras breves y corteses, nada más.

DOÑA MARIA.– ¿Es necesario?

ALFONSO.– Hacedlo por vuestro hijo.

DOÑA MARIA.– (*Buscando la salida*) Enviadme a la madre, en cuanto llegue.

(*Silencio*)

ALFONSO.– Debiéramos ir más despacio...

DOÑA MARIA.— ¡En cuanto atraviere el dintel de la puerta de mi casa!

(Sale. Don Alfonso hace un gesto de impotencia y acaba saliendo)

ESCENA VII

Entran don Pedro, don Enrique, don Fadrique y don Tello.

PEDRO.— ... Entonces, el halcón giró sobre su ala, y el águila, que estaba avizor, cayó sobre la garza; y en vez de golpearla, pásola a rozapluma, subiendo como un rayo en busca del halcón. Quebróle el ala, tiró tras él, pero, roto el vuelo, en un grito de impotencia y dolor, tuvo que dejarse caer en el aire. Y ahí lo conservo, como a un viejo amigo.

FADRIQUE.— Hay algunos que se niegan al milano...

TELLO.— Y otros, que confunden la liebre y el conejo de corral.

ENRIQUE.— Está todo muy bien. Pero bien quisiera saber yo qué queréis de nosotros, para llamarnos así.

PEDRO.— Que os quedéis en la corte. Podríais tomar algún cargo, y entrar en el Consejo.

(Silencio)

ENRIQUE.— Sabéis que recelamos de mucha gente aquí.

TELLO.— Y el primero, don Alfonso de Albuquerque: ¡señor de cielos y tierra!

PEDRO.— ¿Qué tenéis contra él?

TELLO.— ¿Tener...?

FADRIQUE.— *(Se adelanta)* Quisiéramos quedarnos en nuestras tierras, y acudir a vos, siempre que nos lo pidáis.

(Pausa)

PEDRO.— Bien... Si ése es vuestro deseo, podéis hacerlo. Pero no quiero ruidos ni alborotos. Y si hay algo que dirimir vengáis a verme. Exijo también que no se arme a gentes, ni se amon-tonen armas. Y si alguna fortificación ha de hacerse, nunca más allá de lo urgente y necesario.

(Silencio)

ENRIQUE.— Hay personas aquí que se la tienen jurada a nuestra madre.

PEDRO.— ¿Quiénes...?

TELLO.— ¡Manos negras que irán saludando y dando abrazos por ahí!

FADRIQUE.— Estamos preocupados por el trato que se le pueda dar.

(Entra don Alfonso)

ALFONSO.— ¡Ah, por fin, juntos en una! *(Con una reverencia)*
Don Enrique, don Tello, don Fadrique: sed bienvenidos a la casa del rey. Y quisiera que este encuentro sirviese para traer paz y prosperidad, sin fin, a este reino nuestro tan maltrecho. Por mi parte, lo sellaré con un abrazo. *(Da un abrazo a cada uno, por su cuenta. Al llegar a don Fadrique)* ¡Cuánto me ha hablado su majestad de vos! Y ahora, señores, quisiera invitarles a unos vinos gloriosos que acaban de traerme de mi añorada Portugal.

(No responden. Confundido, busca la salida)

¡Otra vez será! ¡Lástima, que les hagan esperar!

(Sale)

PEDRO.— Quiero que os quedéis un tiempo en la corte. Así podríamos acabar con esos recelos; normales, entre personas que se han tratado poco, y conocido menos.

LOS TRES.— Aceptado, entonces... Hagámoslo así... Buena idea...

PEDRO.— Y ahora quisiera enseñaros los cinco azores que me han regalado, y estoy amaestrando. Vayamos.

(Salen)

ESCENA VIII

Entran don Gutier y doña Leonor.

GUTIER.— No hay nada que temer. Tranquilizaos, que yo andaré cerca.

(Sale don Gutier. Silencio. Entra doña María)

DOÑA MARIA.— *(La escupe a los pies)* ¡Así se saluda a quien me ha escupido tantas veces a la cara! *(Con gran sentimiento)* ¿Qué habéis hecho con mi vida? ¡Vos, que aprovechasteis la gestación de mi hijo para arrancar de mi lado a un hombre, ¡débil!, a embrujos de hembras en celo y atrevidas! ¡Vos, que con desaires, y arrumacos a mi marido, habéis herido lo más profundo de mi dignidad de mujer, esposa y madre! ¡Vos, que habéis tenido la desvergüenza de refolgaros con el hombre que Dios me dio entre mis propias sábanas! ¿Dónde está esa cohorte de aduladores, de parientes de toda laya, con los que habéis esquilmado el reino, a espaldas de mi marido? ¡Y esos hijos...!

LEONOR.— *(Salta)* ¡Son tan hijos de Dios como tu hijo! ¡Y si él te lo dio por marido; a mí, por amante y padre de mis hijos! ¡Hijos del amor, que no el tuyo: hijo de un puro compromiso!

El me eligió, y yo le he querido. ¡Y si algo he pretendido junto a él, es que estos mis hijos, (*Con las dos manos, echándoselos a la cara*) ¡DIEZ!, alcanzasen la honra y dignidad que se les habría negado...!

DOÑA MARIA.— (*Llama, en un grito*) ¡Don Martín López de Córdoba!

(*Entra*)

¡Lleváosla!

(*Silencio. Don Martín coge a doña Leonor por el brazo y la empuja hacia la salida. Al pasar por delante de doña María, las dos mujeres se miran por encima del hombro en silencio. Salen*)

(*Silencio*)

GUTIER.— (*Fuera*) ¡Alto! ¡Deteneos! ¡Qué está pasando aquí!

(*Entra precipitadamente*)

¡Señora! ¿Qué pensáis hacer? ¡Habéis traicionado vuestra palabra y la confianza que yo puse en vos!

(*Doña María no responde. Silencio. Don Gutier busca la salida*)

DOÑA MARIA.— ¡Don Gutier Fernández de Toledo!

(*Don Gutier se detiene. Con gran sentimiento*)

¿Qué hubiera hecho vuestra madre en mi lugar? ¿Doblar la rodilla ante quien ha pisoteado mi honra y destrozado mi vida, que ya no me responden las sonrisas de tanto como he tenido que llorar? ¡La tendré presa; como ella me obligó a estarlo a mí durante quince años: hora tras hora; y noche tras noche —¡eternas!—; y la presencia de un hombre que nunca acababa de llegar!

GUTIER.— Calmaos, señora.

DOÑA MARIA.— ¡Qué calma cabe ya! ¡Mejor hubiera sido irme delante de él, y no quedar aquí para ver cómo se me venía a las manos una mujer, ¡maldita!, cuya imagen llevo dentro, como una herida imposible de cerrar!

GUTIER.— Señora, os entiendo. ¡Pero no es razón legítima ni suficiente!

(Silencio)

DOÑA MARIA.— ¡Estáis yendo más allá de lo que os conviene, por mucho que os aprecie, buen Gutier!

GUTIER.— ¡Señora! Si no me es lícito advertiros en estos momentos, estoy por demás en esta estancia, y quizás en la corte. A vuestros pies... ¡Me voy!

(Hace una reverencia y sale)

DOÑA MARIA.— ¡Deteneos!

(Don Gutier no atiende. Silencio. Llama.)

¡Juan Diente!

(Entra. Le da una bolsa con dineros)

Tomad. Sin testigos ni escándalos, el día siguiente a llegar.

(Salen)

ESCENA IX

Entran don Gutier y don Alfonso.

GUTIER.— ¡No se puede sufrir! ¡Apropiarse así de una persona! ¡Qué fe, ni qué palabra queda ya!

ALFONSO.— Hay que comprender, mi buen Gutier, comprender...

GUTIER.— ¡No se puede tolerar! Y esto estaba preparado: ¡vos, que así tratáis de disculparlo!

ALFONSO.— ¿Yo...? Lo entiendo; pero no lo acepto ni comparto, ni he tenido mano en ello. Y si parecéis maravillaros, es porque no conocéis a una mujer. ¡Y no vengáis ahora con aspavientos, cuando esto, amigo mío, era de esperar!

GUTIER.— ¡Pero eso no resta gravedad a la acción!

ALFONSO.— ¡No! Pero las gentes han de entenderlo. Y los hijos, no sé de qué habrían de extrañarse.

GUTIER.— ¡Habrá que darlo por bueno, entonces!

ALFONSO.— Tampoco. Habrá que hacerlo frente. Nada más.

GUTIER.— ¡Os admiro la frialdad!

ALFONSO.— Ante lo inevitable, serenidad, amigo mío.

GUTIER.— ¡Ya!

ALFONSO.— ¡No me queréis entender, mi buen Gutier!

GUTIER.— ¡Entendido y bien! Ahora tendré que buscar a los hijos para que, además, vengan a agradeceróslo.

ALFONSO.— ¡Con vos es imposible razonar!

GUTIER.— ¡Razonado y bien! Ahora, decidme, ¿qué explicación les doy?

ALFONSO.— Que esperen. Que trataremos de arreglarlo.

GUTIER.— ¿Así de bien...? ¡Ahí os quedáis!

(Va a salir. Entra don Pedro)

Majestad...

(Hace una reverencia y sale)

PEDRO.— ¿Qué está pasando aquí?

ALFONSO.— ¡Vuestra madre, hijo! Yo no he podido evitarlo.

PEDRO.— ¿Dónde está?

ALFONSO.— ¿Quién...?

PEDRO.— ¡Mi madre!

ALFONSO.— En su cámara, supongo. Pero, ¡alto!, tranquilizaos antes de entrar, porque necesito explicaros... Vuestra madre no ha podido soportar la altivez de esa señora; algo se le ha revuelto por dentro; y ha acabado saliendo por donde menos era de esperarse.

PEDRO.— ¡Qué ha hecho!

ALFONSO.— Tomarla presa.

PEDRO.— ¡Apresarla, sin más!

ALFONSO.— ¡Decídselo a ella! Yo me atengo a los hechos.

PEDRO.— ¡Pero algo así no puede improvisarse!

ALFONSO.— ¡Tomaría sus precauciones, digo yo! Pero, ¡hijo!, debéis entender que ella no ha querido hacerlo... Anda muy conmovida; abatida, también, por la muerte de vuestro padre; y en un estado así, cualquier gesto, o palabra inoportuna, puede disparar los nervios y hacer salir por cualquier parte las bilis que tengamos acumuladas por ahí... Así que, si ha roto su promesa, no ha sido por ella —que bien decidida estaba a controlarse—, sino por el atrevimiento e insolencia de esa mujer, que...

PEDRO.— ¡Adiós! ¡Luego seguís!

(Sale)

ALFONSO.— ¡Hijo!

(Pausa. Entra don Gutier)

GUTIER.— ¡Han salido a uña de caballo! Y ahora hemos de temernos lo peor.

ALFONSO.— ¡Ya se arreglará! Y no sé si, a la larga, habría convenido que todo hubiera sido así... Porque esa señora no sería de las que dedicasen la viudez a zurcir calzas y atender a desvalidos –cosas dignas de loor–, sino a meter su nariz y garra...

GUTIER.— ¿Sabéis...? ¡Que podéis ahorraros esas monsergas, porque este servidor vuestro no necesita ninguna explicación más! Y lo que debiera ocupar vuestra imaginación en este instante, es cómo ha de salirse del paso, pues las cosas, no solo han vuelto al punto de partida, sino que, además, han ido a peor. Mis respetos. ¡Me voy!

(Hace una reverencia y sale)

ALFONSO.— ¡Iré con vos! Esperadme, porque necesito explicaros...

(Hace un gesto de impotencia y sale)

ESCENA X

Entran doña María y don Pedro.

DOÑA MARIA.— Has de comprender, hijo, que ha sido lo mejor.

PEDRO.— ¡Pero esto ha sido una trampa! ¡Una desvergüenza, atraerlos así!

(Silencio)

DOÑA MARIA.– ¡Hijo mío! No te fíes nunca de las apariencias, y duda siempre de la buena voluntad. Esa mujer es una alimaña, y el día menos pensado habría de traicionarnos. El hijo mayor, es malo; el Tello, un falso; y el Fadrique, un mosca muerta, pero ¡ay...!

PEDRO.– Sé cómo debo tratar a la gente.

DOÑA MARIA.– ¡Ya me contaréis, un día, si no os advertí a tiempo!

PEDRO.– Bien... ¿Qué pretendéis hacer ahora?

DOÑA MARIA.– Bajarle los humos y que pruebe lo que es vivir a merced de otra mujer.

PEDRO.– ¡Por Dios, os lo pido! ¡Confesadme, de una vez, si no vais a ir más lejos!

(Silencio, conmovida)

DOÑA MARIA.– No lo sé, hijo mío. No lo sé...

PEDRO.– ¡Los hijos no han de quedarse quietos!

DOÑA MARIA.– *(Embravecida)* ¡Estarán cogidos por el miedo! ¡Y el que os teman como al trueno, será la manera mejor de tenerlos sujetos, y haceros respetar! Hijo, contáis con un reino fuerte y unos servidores leales, al que más. ¡Olvidaos de ellos: no los necesitáis! Sois rey y señor sobre sus cabezas, y como tal podréis disponer. Y si algún día se atreviesen a algo, nadie les hará caso, porque, ante el mundo, vos sois el único rey verdadero: ¡el ungido de Dios!

PEDRO.– Madre, os escucho porque sé que estáis conmovida. ¡Pero os prohíbo volver a decirme quién soy y qué debo hacer! Y la próxima vez, advertidme a tiempo, pues, por este camino, acabaré desconfiando de todos; y entre ellos, estáis vos.

DOÑA MARIA.– (*Impulsiva*) ¡Hijo, déjame abrazarme a ti, que verlos venir y tenerlos tan cerca, no sabes qué calvario ha representado para mí!

(*Se abraza a él. Entra don Vasco*)

VASCO.– (*Carraspea*) Humm...

PEDRO.– (*Despegándose de ella*) Don Vasco, atended a mi madre, que anda necesitada de ayuda espiritual. (*Pausa*) Estaréis al tanto de todo...

VASCO.– Con gran dolor y con gran pesar, hijo mío. Disculpadme la libertad.

PEDRO.– Tendré que ir a ver qué han hecho los hijos.

VASCO.– ¡Han huido! Y Dios bien sabe que no ha sido por vos.

PEDRO.– (*A su madre*) ¿Veis lo que habéis logrado? ¡Lo veis!

(*Sale precipitadamente. Silencio*)

DOÑA MARIA.– Está todo dicho, reverencia.

(*Silencio*)

VASCO.– No vengo a recriminaros, ni a pedir os explicación alguna: os conozco... Pero sí quiero que, lo mismo que ella se apiadó de vos alguna vez, ahora lo hagáis vos... Tenedla presa, si así lo necesitáis, pero mostraos generosa, y Dios os lo agradecerá. (*Se la queda mirando*) Bien quisiera saber por dónde andan esos pensamientos...

DOÑA MARIA.– Extraviados, reverencia. Lejos y muy cerca. Extraviados para bien y para mal.

(*Silencio*)

VASCO.– Entonces, no hay nada más de lo que hablar...

DOÑA MARIA.— No queda ya nada de lo que hablar.

(Silencio)

VASCO.— Me acompañaréis a la capilla...

DOÑA MARIA.— ¡Id vos, que tenéis obligaciones! Yo prefiero ir a mis quehaceres.

(Sale. Don Vasco se queda pensativo por un instante. Acaba saliendo)

ESCENA XI

Entran doña Leonor y don Martín.

LEONOR.— Hermoso día nos ha traído el Cielo...

MARTIN.— Brillante de luz; y de brisa, suave. Tiempo inmejorable para pasear y meditar.

(Pausa)

LEONOR.— Don Martín... ¡Qué tristeza me invade al pensar que tenga que pasarme el resto de mi vida, traída y llevada de aquí para allá! Pienso en mis hijos, *(Afirmándose)* ¡en mi marido!, en los tiempos de bonanza... Y aunque todo fue ayer, ¡qué irreal parece aquí! La vida debiera abandonarnos en plena felicidad, si ha existido alguna. Y es tal el dolor del recuerdo en esta muerte en vida que es la prisión, ¡que sería mejor que Dios...! No busquemos acortar lo que él ha medido tan bien para mí y para vos con su mejor voluntad. *(Pausa)* ¿Don Martín...? Todos andamos, en este reino, un poco en necesidad. Yo, a Dios gracias, dispongo de abundantes riquezas, debidas a la generosidad del hombre que Dios me dio. *(Pausa)* Doscientas piedras preciosas pueden ser vuestras, si me ayudáis a

recuperar la libertad... Soy mujer noble y persona verdadera, y cuento con familiares en otras tierras, que, llegado el momento, podrían acogeros... Son vuestros estos tesoros. Pero, sobre todo, os pido que lo hagáis por compasión. ¿Qué decís...?

MARTIN.— Lo puedo meditar —es una gran tentación—, y también me oprime la necesidad. Pero demos tiempo al tiempo, del cual aquí disponemos mucho, y ya se verá.

LEONOR.— ¡Ni por dinero, ni por compasión, don Martín! Bien... Tendré que pedir al Cielo que os varíe el pensamiento.

MARTIN.— Tomad este devocionario y abandonaos a una plática callada entre los aromas de las flores y frutales que lo inundan todo aquí.

(Se lo entrega)

LEONOR.— ¡Y medita sobre lo nuestro, don Martín Fernández!
(Pausa) Iré a ver si el sol y la brisa me alegran un poco la cara, y me abren las ganas de vivir.

(Sale. Silencio. Don Martín da un silbido. Entran Juan Diente y Gonzalo Recio, con dos ballestas. Les indica por dónde ha salido doña Leonor de Guzmán. Salen. Silencio largo. Se oye el golpear de una flecha contra una campana. Don Martín advierte el ruido, y da por hecho lo que estaba esperando. Sale)

ESCENA XII

Entran don Alfonso y don Vasco.

ALFONSO.— Naturalmente, los riesgos que corremos son grandes. Y si, un día, por enfermedad; por antojo de la necia... fortuna; o por algún acaso que se les pudiera ocurrir a los